VICTORIA RESCO

EL SILENCIO PERFECTO

CROSS BOOKS

VICTORIA RESCO

EL SILENCIO PERFECTO

CROSSBOOKS, 2023
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Victoria Resco, 2023
Ilustración de cubierta: Ivan Paszkowski
© 2023, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
© Editorial Planeta S. A., 2023
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: julio de 2023
ISBN: 978-84-08-27472-8
Depósito legal: B. 11.690-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1

La vergüenza se enreda en mi estómago como un bicho repleto de patas alargadas y finas. Sus extremidades me llenan de moretones por dentro. Patean incesantemente y me dan ganas de desaparecer. Las miradas de mis compañeros me dejan bien en claro que ellos también estarían mejor si desapareciera.

Quiero ponerme de pie y patear el banco frente a mí, decirles que están siendo crueles e injustos.

Sin embargo, me quedo sentada, con las palmas de las manos escondidas bajo mis muslos en un esfuerzo por no empezar a morderme las uñas.

Un año atrás, nunca se me hubiera ocurrido que "universidad" se convertiría en mi propio sinónimo de "infierno". Creo que todos cometemos el error de asumir que la universidad seguirá con la dinámica del colegio, pero con más gente, *nueva* gente. Cuando me preguntaban qué sería de mí una vez que me mudara al campus, mi cerebro no tenía duda de que no habría nada nuevo excepto por un cambio de habitación y un mínimo nivel de extrañitis por mi familia, con quienes estaría más lejos que nunca.

—Menos mal que no me tocó a mí… —El susurro de una chica quema mis oídos como una bofetada. Bloqueo de mi mente

la respuesta de su compañera, pero, aun así, el daño está hecho.

Ahora sé que estuve viviendo en una fantasía. Aquí no he hecho amigas, la *nueva gente* no me sonríe por los pasillos, no he disfrutado de ninguna clase ni llegué a emocionarme con mi carrera, como todos me prometieron que pasaría. De hecho, todo se ha cargado de mierda con cada segundo que pasa. Cada mañana me levanto y me esfuerzo por no cuestionarme todo lo horrible que vino con la universidad, porque sé que la necesito.

Necesito esta beca porque necesito el equipo de atletismo y porque necesito un título y porque mi familia necesita verme salir de aquí con un diploma. Me lo recuerdo como un mantra: *necesito este lugar, necesito este lugar, necesito este lugar, necesito este lugar*.

Lo necesito tanto como lo detesto.

Pero a veces dudo, como ahora.

Alguien se ríe al mismo tiempo que alguna otra persona suelta un bufido.

Y Greta sigue quejándose de mí con el profesor.

—No es justo que con *mi* promedio me emparejen con *ella.*

Ahora parece que por tener malas notas soy una inútil y nadie quiere juntarse conmigo, a ver si termino creyendo que eso me da derecho a trabajar con ellos. Ahora tengo *lepra*.

—Lo que no es justo —replica Harrison, con su fachada de profesor colocada impecablemente—, señorita Huang, es que usted siga haciendo que sus compañeros pierdan tiempo de su clase de Introducción al Proyecto Final.

Es fácil darse cuenta de que la situación lo irrita. Samuel Harrison es conocido por ser un profesor de mecha corta. Explota con poco. Aun así, estoy segura de que soy la única que sabe que su enojo no se dirige a Greta, sino hacia mí. Porque yo soy la que ha llegado tarde a todas las clases este año, la que no puede seguir el hilo de la clase, la que cabecea agotada mientras él explica cada tema y la que, consecuentemente, vuelve todas las quejas de Greta perfectamente válidas.

Greta está por responder cuando la puerta se abre.

Me paralizo de pies a cabeza.

Solo falta una persona en el aula, y su llegada hace que me avergüence el doble con toda esta situación. ¿Era mucho pedir que él no tuviera que oír la enorme lista de quejas que todos tienen sobre mí? El deseo de desaparecer empuja contra mis costillas y me falta el aire.

Ashford entra al aula con la cabeza baja, como siempre, los cables blancos de los auriculares cayéndole sobre el suéter azul que lleva y le dirige un único asentimiento de cabeza a Harrison antes de dirigirse al único asiento disponible en el aula, a un mar de alumnos lejos de mí.

La vergüenza se tiñe de un violeta que irradia frustración, porque Harrison no le llama la atención como lo hizo conmigo cuando llegué tarde esta mañana. El color resplandece con fuerza cuando veo de reojo cómo Ashford se saca los auriculares. Tenía la esperanza de que se los dejara puestos.

Greta sigue hablando y señalándome acusatoriamente en el proceso, pero ni siquiera con eso consigue que Ashford me mire. Algunas cosas nunca cambian. Ha sacado un libro y parece completamente absorto en él. Como si fuera demasiado inteligente para desperdiciar su tiempo en discusiones o chusmeríos, como si fuera mejor que nosotros, como si no supiera lo estúpidamente atractivo que se ve pasando las páginas.

Me gustaría acercarme y mirar sobre su hombro, preguntarle qué lee. No he terminado un solo libro por voluntad propia en toda mi vida, pero por él podría intentarlo. Ashford hace que parezca la actividad más entretenida de la historia. Sus ojos oscuros se deslizan sobre las palabras como si fueran droga, fluyen a una velocidad inhumana.

Entonces, como si mi mirada que tantas otras veces había pasado por alto, le picara, Ashford levanta la vista.

Y.

Sus.

Ojos.

Encuentran.

Los.

Míos.

—¿Leo? —La voz de Harrison me previene de la parálisis total. Reclama mi atención y me atraganto con la cantidad obscena de oxígeno que se abre paso a mis pulmones. Se siente como un derrumbe en mi tráquea. Mi arranque de tos continúa sobre sus palabras—. ¿Qué te parece?

Alarmas rojas chillan en mi mente.

No tengo ni idea de qué está hablando.

Asiento.

Harrison me conoce lo suficiente como para saber que no estaba prestando atención en lo más mínimo. Me gustaría que no me conociera tanto. Porque es justamente ese el motivo por el cual no se molesta en aclarar sobre qué habla. Simplemente da una palmada y le sonríe a Greta.

—Problema solucionado. Huang, hará la monografía sola y la señorita Grimaldi puede hacerla con Ashford.

El mundo deja de girar.

Y soy plenamente consciente de la mirada de Ashford que sigue sobre mí, como si fuera la primera vez que me ve en su vida. Como si el primer día de clases, en el que me senté a su lado y él ni se molestó en sacarse los auriculares, nunca hubiese sucedido. Ese día no me miró, no me habló y definitivamente no me hizo sentir ni un poco mejor respecto a todo lo que vendría en este año lleno de cambios.

Era como si supiera que yo sería la peste de esta clase, como si él hubiera decidido que yo no valía la pena.

Y ahora lo veo mientras se levanta y cambia de lugar con Greta, que no está mucho más contenta que antes con el futuro de su monografía. Ashford lleva un morral colgado al hombro, un libro de tapa blanda abierto de par en par en su mano, y se deja caer a mi lado sin decir palabra.

Quiero pegarle.

Quiero acercarme y saber si huele a libros.

Quiero dejar de pensar que es lindo porque es una basura humana.

Quiero que piense que soy linda.

Quiero que no piense nada de mí en absoluto.

Creo que ese es el único deseo de esa lista que podría haberse cumplido. Al menos hasta que nos emparejaron.

Harrison sigue con la clase como si no hubiera arruinado mi vida en solo dos segundos, habla sobre los objetivos de la monografía en la que trabajaremos el resto del semestre.

El resto del semestre.

Con Ashford.

No me molesto en disimular el suspiro que se me escapa.

Deseo la muerte.

Harrison tiene el pelo blanco y escaso, aunque trata de disimular eso último. Su nombre completo es Samuel Emanuel Harrison, pero mi familia lo llama Sandy. Como es el mejor amigo de mi abuelo desde que usaban pañales, me costó acostumbrarme a verlo en el rol de profesor. Lo he visto en bermudas y camisas coloridas, lo he visto enfermo y lo he visto disfrazado de Santa Claus en Navidad —aunque en ese entonces no sabía que era él—. La versión menos reconocible de él es la que tengo frente a mí, de traje y corbata, sin el más mínimo asomo de su característica sonrisa.

Aquí no puedo llamarlo Sandy, pero no es un problema para mí. En esta aula, este hombre no se parece en absoluto al que me acompañó a mis primeras competencias y me regaló flores cuando terminé la secundaria. No parece mi segundo abuelo, divertido y soñador. Entre estas cuatro paredes es una máquina de tortura y parece exigirme a mí más que a cualquiera, incluso sabiendo lo mucho que necesito que me tengan piedad.

—Deberías ser más agradecida —me dijo una tarde Paul, mi hermano mayor, cuando le dije eso mismo—. De no ser por él, no tendrías la beca.

Y lo sé. Sé que la bendición de poder estudiar en una universidad prestigiosa, con un gran equipo de atletismo, se la debo a

que trabaje aquí y a sus contactos —de una alta sociedad a la que mi familia no pertenece—, que accedieron a hacer mis cartas de recomendación. Pero no puedo evitar preguntarme cómo es que voy a sobrevivir otros cuatro años de esta dichosa bendición. O qué pasará si termino la universidad sin ser lo suficientemente buena como atleta como para competir en las olimpíadas, porque no me imagino dedicándole mi vida a otra cosa que no sea el deporte, mucho menos a esta carrera horrorosa.

Me estremezco de solo pensarlo.

O tal vez de solo pensar en la presencia de Ashford a mi lado.

Su existencia es ruidosa. Hace que me piten los oídos y se me ericen los vellos de la nuca.

Han pasado cinco minutos completos desde que se sentó y no me ha dirigido la palabra, pero su cuerpo estirado e increíblemente alto llena el espacio con una electricidad que amenaza con desarmarme las dos neuronas que me quedan en juego.

¿Qué piensas? Me pregunto. ¿Odias esto? ¿Me odias? ¿No puedes creer tu mala suerte? El único día que llegas tarde y terminas atrapado horrorosamente entre este proyecto y yo.

—Bueeeeeno… ¿Tienes alguna idea para el tema de la monografía? —digo, en lugar de escupir todo lo que me nubla la mente.

Ashford voltea su cuaderno, dejándome ver lo que sea que ha estado garabateando los últimos minutos.

En el primer vistazo, me doy cuenta de que tiene esa letra puntiaguda y acelerada que tiene la gente inteligente que piensa más rápido de lo que le pueden ir las manos. No es en absoluto organizado y hay espacios aleatorios en blanco, lugares en los que su letra se apiña y se achica, otros recuadros mamarracheados con lo que asumo son cosas importantes. Solo después del primer golpe de todos estos detalles, me doy cuenta de que abajo de todo, en lo que parece un punteo enclenque con la letra retorcida y los renglones inclinados, ha hecho una lista con al menos diez posibles temas.

No los leo.

Deslizo el cuaderno de vuelta hacia él, que sigue mirando al frente, como si le fuera irrelevante mi nivel de implicación con

este proyecto. Me da rabia saber que yo estaba con la cabeza en cualquier lado mientras él trabajaba; es como si quisiera darle la razón a Greta. Tal vez *yo* debería estar haciendo sola el trabajo. Tal vez sea injusto para cualquiera quedar atado a mí.

Y, sin embargo, no soy lo suficientemente desinteresada como para dejar ir la oportunidad de trabajar con alguien que sé que es inteligente. Porque puede que nunca lo haya escuchado hablar, pero no necesito eso para darme cuenta de que los engranajes en su cabeza giran a un ritmo propio, adelantado al de cualquiera en esta sala. Tiene una forma de mirar a Harrison en clase que te hace saber que ya *sabe* lo que le están explicando. Se le nota en la cara que, si no sabía el tema desde antes, lo está memorizando a medida que lo exponen. Y también ayuda que después de nuestra única evaluación de práctica, Harrison haya leído en voz alta las notas y Ashford haya sido el único diez. Yo fui el único cuatro. Y la nota más baja. Pero, en mi defensa, era un mal día.

—Vamos a tener que juntarnos fuera de horario de clase para avanzar con esto. Yo no pensé ningún tema todavía. —Aunque Harrison nos había dicho la semana anterior que empezáramos a pensarlos para tenerlos listos en la clase de hoy—. Pero los llevaré listos cuando nos juntemos.

No parece sorprenderse o inmutarse en absoluto por mi planteo. Me cuesta no gritarle o empezar a aplaudirle en la cara en busca de una reacción. Parece muerto en vida: los ojos dormidos al frente, ese perfil de labios carnosos y nariz ancha, el pelo negro enrulado cayéndole levemente en la frente, como si no se hubiera molestado en cortárselo por demasiado tiempo. Su rostro no me dice absolutamente nada. Su piel oscura tiene pequeños pocitos, marcas viejas de acné adolescente, asumo. Pero eso debe ser todo lo que sé de él.

Eso y que es un engreído. Nadie que esté tan decidido a evitar hablarte, nadie que te mire de esa forma por encima del hombro, con los ojos caídos del aburrimiento, puede ser considerado amistoso. Me quema verlo mirarme así justo ahora. Me muerdo el interior de la mejilla y mis manos se vuelven puños sin que pueda evitarlo.

—¿Mañana?

Agua helada.

Un balde de agua helada se da vuelta sobre mi cabeza, se me congela el cuerpo y las gotitas que continúan deslizándose se meten entre los recovecos más incómodos de mi piel.

Así se siente esa única palabra.

Tardo en comprender que sus labios son los que se han movido y que su nuez de Adán sube y baja casi imperceptiblemente cuando lo hace, lo que advierte que esa voz le pertenece.

Acaba de resetearme el Windows, con una palabra.

Ashford tiene ese tipo de voz que… que tienen los actores, que la gente se mata por escuchar en discos, que no es grave, sino profunda como las aguas desconocidas del océano. Te invita a nadar en ella, a tragarla y ahogarte en su suavidad. Podría matarte con esa voz y le darías las gracias. Sería una caricia de muerte.

Se me comprime el corazón.

Sacudo la cabeza.

Caigo de golpe. Mi conciencia vuelve a mi cuerpo y las voces de mis compañeros son de pronto mucho más ruidosas que antes. Rebotan en las paredes del aula como cuchillos. Me hacen ser mucho más consciente del silencio en el que me he sumergido.

—¿Qué? —le pregunto con la boca abierta como una idiota.

Se toma un segundo antes de hacerlo, pero señala su cuaderno, luego se señala a sí mismo y luego a mí, como si yo fuera una especie de monito incapaz de comprender palabras básicas y él un pobre humano sin más opción que adaptarse a mis incapacidades.

La burbuja se revienta.

Una vez más, me tengo que contener para no pegarle.

No hice *nada* para merecer ese trato de mierda que tiene conmigo.

Y sé que la gente bonita siempre tiene esos beneficios, de poder comportarse como quiere y simplemente recibir sonrisas y halagos porque *es hermosa*. Pero conmigo va a tener que acostumbrarse a ser un ser humano común y corriente.

Si bien entendí perfectamente que se refería a juntarnos para arrancar con el trabajo mañana, no doy indicio de haber comprendido.

—Vas a tener que hablarme si quieres que te entienda. No soy telepática.

Él aparta la vista un instante y chasquea los dedos un par de veces antes de volver a prestarme atención. El gesto me indigna el doble. Traga saliva antes de hablarme como si le agotara la mera idea de dirigirme la palabra. *Oh, pobre de mí, indigna de la saliva de este simio educado en la selva.*

—¿Mañana en la biblioteca?

Esta vez su voz no me toma por sorpresa, pero las cuatro palabras hacen flaquear mi tenacidad. Y si estuviera de pie, hubieran hecho flaquear mis rodillas.

Asiento. Pero rápidamente me corrijo y niego.

—No puedo.

—Miércoles.

—Entreno.

—Jueves.

—Entreno.

—Viernes.

Me quedo en silencio y se me escapa una sonrisa de disculpa, aunque siga enojada porque es un idiota. Se responde a sí mismo.

—Entrenas…

—Sábado después del mediodía, una y media —ofrezco—. Definitivamente no entreno.

Asumo que va a reírse, porque seguro tiene veinte mejores cosas que hacer un fin de semana, pero solo asiente.

Sin esperar ni un solo segundo más, cierra su cuaderno y lo guarda en la mochila. Saca los auriculares.

—Espera —lo freno—. La clase no ha terminado.

Le dirige una mirada aburrida a mi cuaderno en blanco, impoluto frente a mí como si nunca en la vida hubiera estado en esta clase. Su acusación es bastante obvia: sin los temas, no podemos hacer mucho.

Esta vez, cuando se pone de pie, me cruzo de brazos y miro al frente. En mi cabeza imagino veinte formas diferentes en las que podría caerse y romperse el cuello de camino a la puerta.

Ninguna se hace realidad.

Ashford sale con agilidad.

Harrison no lo reprende.

En su lugar me mira fijamente, como si la retirada de su alumno estrella fuera mi culpa, o como si me lo mereciera de alguna forma.

Mi irritación se vuelve culpa.

Miro mi cuaderno y me esfuerzo por no dormirme mientras pienso tan fuerte como mi cuerpo me lo permite. Busco ideas para esta monografía, solo pienso en eso. No le dedico ni un segundo a la mirada altanera de Ashford ni a las quejas de Greta, ni a lo que pensarían mis padres si me vieran, ni a lo que yo pienso de mí misma y del tipo de persona en la que me he convertido.